

1. ¡EN MARCHA HACIA LA CUMBRE!

Los cabrones todavía no han vuelto. ¡Ris, ras! Raspo, raspo. ¡Se marcharon a por los jodidos motores a las cuatro de la mañana! Rasco. ¡Ris, ras! La maldita pasta con tomate se pega, la jodida, y luego no hay quien la despegue de la tartera. Raspo.

Hoy le toca a Pako fregar las ollas, pero está durmiendo después del pedo de ayer, pasa de todo, por la tarde irá otra vez a pillársela con el vino francés más barato, un vino peleón asqueroso que se vende en garrafas de veinticinco litros. La fianza por los recipientes de plástico es más alta que el precio del contenido. ¡Ris, ras, ris! Rasco, rasco. Y después vendrá con el cuento de que le duele el hígado.

Pincho también anda atacado: no para alrededor de la tienda de campaña, cada dos por tres busca la taza de té, sorbe, y sigue corriendo. Rasco. Encima hace mal tiempo, las nubes están bajas. Peludo vendrá y dirá, no, no dirá, anunciará: «Qué pasa, tíos, en esta situación no podemos arriesgarnos, y además mañana me voy con Pícaro a una chatarrería que al parecer está guay, cerca de Lyon, ¡ahí todavía no hemos estado!» ¡Ris, ras! ¡Puñetera pasta con carne picada y salsa de tomate! Cuánto tiempo se puede aguantar comiendo esta mierda.

Otra vez me ha picado algún bichejo; tiro la cuchara con brusquedad, me paso la mano por la nuca... qué des-

agradable. Las moscas se han vuelto locas, seguro que va a llover. Me agacho a por la cuchara, casi invisible entre la hierba. Ya no queda mucho por raspar de la tartera, la simple visión de los hilitos rojos amarronados me da un asco increíble. ¡Ris, ris, ris! Por suerte me queda todavía un enorme melocotón, que a seis francos el kilo, sale como a dos francos por pieza, un francés medio trabaja por eso... ¿cuánto? ¿Cinco minutos? ¿Raspar? ¡Ris, ras! Por alguna razón no me terminan de convencer las frutas «casi-casi-buenas», eso es cosa de Pincho. Cuando vuelva de la Montaña me compraré en el bar al lado de la oficina de correos una auténtica *cheeseburger*, ¡ya te digo!, me lo pondrá una tipeja en minifalda y delantal, las piernas no muy allá, las rodillas torcidas... pero en general no está mal, la tía. Tiene los ojos bonitos, de color azul acero, un poco como Marie-Louise, pero sin fiereza. Más dulces. Más comunes.

Marie-Louise.

Raspo-raspo. ¡Ris, ris, ris!

—¡Guau! ¡Guau! —desde la zona de las tiendas de campaña en la parte superior del campamento Pierre d'Ortaz¹ llega un ladrido. Ah, claro, está claro, Emental ha vuelto a perder al juego del perro con Mogote y Franek, se les ha metido debajo de la mesa hecha con dos bidones de plástico para el equipo y con una vieja puerta, y ladra, el pobre. Mogote y Franek le ganan continuamente a las cartas. Se pasan días jugando al perro. Emental es sólo una de sus víctimas, importunan a todos.

Por la tarde normalmente andan toqueteando el material, se preparan, hacen estiramientos para entrenarse para la Dura Escalada. Al mismo tiempo miran el cielo esperanzados: a lo mejor se jode el tiempo y entonces se podrá bajar, con paso airoso y con la conciencia tranquila, a Chamonix a por

¹ Pierre d'Ortaz: el camping más barato en las proximidades de Chamonix.

una garrafita de vino... pero de eso nada... Así que ponen el despertador a una hora intempestiva, a las cuatro o las cinco de la mañana, y luego no paran por la noche en la tienda hasta tarde, nerviosos, susceptibles.

Al amanecer el despertador monta un escándalo de mil demonios, despierta a todo Pierre d'Ortaz. Luego se oye la enfurecida voz de Mogote: «¡iFranek, apaga el despertador de los cojones!!». El estruendoso cronómetro calla de repente, la noche intenta regresar...

Mucho más tarde, se sientan de nuevo a la mesa. Están muy orgullosos de ella.

—Pero tío, si lo haces superbajito —dice Mogote.

—Casi no se oye —secunda Franek.

Emental es un tiarrón grandote y fuerte, siempre lleva encima su queso favorito, que come en todas las situaciones posibles, y como resultado de ello es un individuo con una predisposición positiva hacia el mundo y las personas. Cuando bebe demasiado se vuelve agresivo, es evidente que en su cabecita se arremolinan nebulosas de agresividad no descargada, pero ahora, sobrio...

—¡Guau, guau! —resuena por debajo de la mesa— ¡Guuuuuu! —se extiende su voz, hasta los pies de las montañas de tres y hasta cuatro mil metros—. ¡Guau, guuuuu! —Emental guiña los ojos, asoma la cabeza por debajo de la mesa, una auténtica cabeza, o morro, dirigido hacia arriba—. ¡Guau, guuuuu!

La inglesa y el inglés de la tienda contigua lo miran con una sonrisa que puede ser de simpatía o de divertimento, pero vete a saber, lo mismo es más bien de compasión. Los dos son «alpinistas»: él es alto, con el pelo largo, tiene las manos de un orangután, le cuelgan hasta las rodillas; ella es delgada y ágil como una lagartija. Han venido hasta aquí como con la intención de escalar, pero no hacen más que follar, de día y de noche. Podrían hacerlo montando menos

escándalo; sobre todo ella, hace un montón de ruido, una auténtica *lady* inglesa debería apretar los dientes y pensar en la Gran Bretaña, y no anunciar al mundo su orgasmo con un chillido estridente que hace temblar hasta las agujas de los árboles cercanos... A las dos de la madrugada un sonido así resulta bastante irritante, sobre todo cuando luego se extiende un silencio aún más sospechoso, y al lado, en la tienda, duermen de un lado Pako y del otro Pincho, que roncan suavemente...

Entonces se trata de dormirse lo antes posible. Joder, en seguida se pondrá a sonar el despertador de Mogote y Franek. Queda poco tiempo, aprieto los párpados, ¡que lo parta un rayo!, no va a servir de nada, se me aparece la imagen de Marie-Louise, veo los pechos de Marie-Louise, que se mueven con suavidad arriba y abajo, las tetas le cuelgan, se mueven provocativamente, arriba y abajo, arriba-abajo-arriba... dan ganas de agarrarlas, de sujetarlas... Con esa expresión suya en la cara, como afligida. Joder, vale ya, tengo que dormir, fuera, a la porra con Marie-Louise.

La echo de menos, siempre en el mismo rincón de mi conciencia, justo debajo de la superficie, siento un dolor incesante, un vacío continuo, como cuando duelen las muelas, sólo que más asqueroso, que no se puede calmar. Te echo de menos, Marie-Louise...

Joder, otra vez está la inglesa chillando, no se va a poder dormir ni una mierda, ¡así se pillen algo contagioso! Sodoma y Gomorra, me cago en diez. Al fin y al cabo no les deseo ningún mal, que les aproveche, si fueran tan sólo un poquito más silenciosos, coño, un poquito sólo.

Pero los ingleses no se preocupan de esas nimiedades.
¡Ris, ris!

Hubo una época en la que charlábamos con ellos, como se hace normalmente en los cámpings. Nuestra tienda estaba cerca de la suya, así que mientras calentábamos el té

nos poníamos a darle al pico. Lo más difícil en inglés es entenderse con los ingleses, no se entiende un pijo, con los holandeses o con otros de por ahí del norte sin problemas, ipero con ellos imposible! Te ponen de los nervios, todo el rato hay que estar repitiendo: «*Repeat slowly, please!*»². Resulta molesto. Les contábamos cómo son las cosas en Polonia, preguntaban con insistencia, les interesaba mucho, no podían entenderlo, el comunismo y el terror, los polacos ganan veinticinco dólares al mes, pero de algo hay que vivir, algunos ya tienen mujer e hijos, y entonces ¿cómo hacéis para venir aquí, a Chamonix, a uno de los complejos turísticos más caros del mundo?

Pues así. Comemos pasta con carne picada y salsa de tomate.

¡Ris, ris, ris! La cabrona se ha quedado pegada.

En medio de nuestra discusión la *lady* inglesa se levantó y se acercó a unos matorrales que crecían cerca, pero no se esforzó por rodearlos o por ocultarse en ellos: como la cosa más normal del mundo se subió la faldita, se bajó las bragas, se puso en cucullas, brilló la blancura del cuerpo con un triángulo negro de vello... Una inglesa no muy alta, de pelo oscuro, todo lo contrario de Marie-Louise.

Su *boyfriend* no le dio absolutamente ninguna importancia a lo que ella hacía, siguió haciéndome preguntas, hablaba despacio, con claridad, pronunciando bien, pero mi conocimiento del inglés se había quedado momentáneamente atascado... La chica, que tenía también mucha curiosidad, empezó a gritar más fuerte a su compañero «de escalada», no le molestaba para nada estar desahogando una pequeña necesidad física, menos mal que no se trataba de una necesidad mayor, una inglesa en plena gran necesidad física sería de verdad demasiado; hasta que por fin terminó, se levantó,

² *Repeat slowly, please* (inglés): Repita despacio, por favor.

sacudió un poco su culete flaco, con su coñito cubierto de pelambarrera negra y rizada, hablando todo el rato, se subió las bragas, regresó junto a nosotros, que estábamos sentados al lado de los hornillos de gas...

¡Ris, ris, ris!

Ahora está claro por qué la civilización anglosajona llegó a dominar el mundo.

Aunque es evidente que puede comer pescado con tenedor y cuchillo aquel que sabe que no se come el pescado con tenedor y cuchillo.

El shock que sufrí entonces no fue naturaleza erótica, más bien al contrario, me sentí como un lacayo delante del cual se puede hacer de todo. Que es como el aire. En todo caso puede que me encontrara así injustificadamente; soy hipersensible, ella se sintió con todo el derecho: alrededor sólo había alpinistas, una comunidad, al fin y al cabo todos han ido alguna vez a escalar con alguna chica a la que le entraron ganas... o a él... o en el peor de los casos, a los dos al mismo tiempo.

Sigo raspando.

—¡Auuu! ¡Auuu, auuuuu, auuuuu! —Emental aúlla sin parar, pone el corazón en ello—. ¡Auuu, auuuu, auuuu! —El dolor de la existencia habla a través de su garganta. ¿Y si nos uniéramos a ellos para aullar todos juntos?

—¡Vale, vale ya, basta! —Mogote y Franek le gritan, están inquietos.

—Uau —Emental vuelve con dificultad al mundo real.

Mogote ya está barajando las cartas.

—Bueno, está claro que jugamos una partida más, ¿verdad, Franek?

—Claro. Reparte.

Los dos se quedan mirando a Emental, que evidentemente se encuentra en plena lucha interior, duda.

—Pueees... no sé —dice Emental—. Debería ir al pueblo a comprar algo de comer, algo de fruta...

—A lo mejor te recuperas, ¿no? —deja caer Mogote, tentador. Sonríe imperceptiblemente por lo bajo.

—Bueno, ya jugaremos otra vez —iEmental, evidentemente, se está rebelando, se levanta de la mesa!— Todavía tengo que preparar el material para mañana...

—Pero qué dices, venga ya, ¿estás de coña? Pero si hay mogollón de tiempo, déjate de gilipolces, isólo una partida y ya! —Se lanzan sobre él Mogote y Franek, asustados de verdad—. ¡Pero tío! ¡Si no son más que las cuatro! ¡Ya lo harás luego!

Mogote le pone las cartas delante de las narices.

Y lo deja para más tarde.

Joder, ya son las cuatro y todavía no han vuelto, ihace ya doce horas que se fueron! ¡Ris, ras, ris! ¡A la mierda con la fiambarrera vacía!

—Pincho, si Peludo no ha vuelto a las cinco, ¿nos vamos nosotros? —le pregunto en voz alta a Pincho, que anda por detrás de nuestra tienda.

—Hum —una respuesta poco clara, ni confirma ni niega. Pincho tiene miedo de que se monte una como en la cara sur de los Drus³, pero no hay de qué preocuparse, todo fue por la jodida diarrea, ¡ahora ya estoy bien!

—Yo en todo caso salgo a las cinco —anuncio con tono resuelto en dirección a donde se supone que está Pincho. Está decidido; si no, me voy yo solo. Me meto en la tienda, saco el hornillo por si acaso, además del té «indio», el azúcar, el chocolate, revuelto entre las bolsas. Pako murmura en sueños en voz alta, se da la vuelta en su esterilla, sin que lo note se desliza bajo su cabeza el libro *Star Wars. La guerra de las galaxias*, en lengua original. Es su pasión: cuando por casualidad no tiene resaca o no se está preparando para la Gran

³ Los Drus: pico alto de dos cimas cerca de Chamonix; muy conocida entre los alpinistas es, sobre todo, la pared oriental, el Petit Dru.

Escalada se pone a leer sobre princesas Leya o caballeros Jedi, un tío de treinta años que se masturba con Skywalkers. Una vez me metí descaradamente con él, dije algo sobre los «caballeros Jedi»... ¡y Pako se puso agresivo! ¡Le brillaba Skywalker en los ojos! –¡Que te den por culo! –me gritó, ise levantó de la esterilla como si fuera a lanzarse sobre mí! Salí corriendo de la tienda para seguir riéndome de él, pero se quedó dentro... Así que ahí quedó la cosa.

Pincho es un histérico, cuando lo sacas de sus casillas pierde el control, pero ¿Pako? Por primera vez lo veía en semejante estado.

Pincho, todo hay que decirlo, cuando se le pasa el ataque de furia se vuelve tranquilote, suave, majo, te monta la mesita con palos delante de la tienda, trae a rastras una caja con comida, hasta es un cocinillas... Un tío muy atento.

—¡Ya han llegado! –grita Pincho desde abajo, y es verdad que llega al aparcamiento del cámping un camión, un enorme Ford, un casetón que se tambalea por los baches, da la vuelta y se para junto al cercado, en un sitio fijo. Desde el cristal trasero, lleno de polvo, a través del rallado abanico de cristal limpio del limpiaparabrisas, se vislumbra la sonrisa deslumbrante del careto de Feles. Pícaro salta de la cabina del conductor, y tras él Peludo; ambos están risueños, mira por dónde, ¡a lo mejor han encontrado alguna maravilla en la asquerosa chatarrería ésa...!

Peludo corre hacia nosotros con paso ágil.

—Qué pasa, tíos –llega un poco sin aliento, nuestras tiendas están en la zona más alta del campamento–. En seguida nos vamos, pero primero tengo que comer algo, me muero de hambre.

Ni una palabra sobre el tiempo atmosférico. No dice nada de otras chatarrerías.

—¿Qué tal os ha ido? –Pincho hace una pregunta retórica.

—Bien —Peludo se hace el sosegado—. Hemos comprado tres motores, Feles ha comprado uno. Parecen en buen estado. En muy buen estado —no aguanta más, su cara resplandece de felicidad. Es un alpinista chatarrero. Un *businessman*. Un especialista en contactos entre Oriente y Occidente. Sacos de dormir de pluma por unos dólares. O por unas libras. O por marcos. Los dólares (o libras, o marcos) se cambian por francos. Los francos por unos motores Diesel, no puede ser de otra forma. A finales de agosto subirán los impuestos aduaneros, el precio de los motores aumentará que no veas y entonces se pueden vender por un valor conveniente, por supuesto en zlotys⁴. Después ya se pueden comprar los sacos de dormir. Y así hasta el infinito... la ambición de beneficios, qué fantástica motivación para existir.

—¿Y cuántos habéis conseguido? —pregunto con admiración involuntaria.

—De momento nueve.

¡Joder! Nueve. De momento. En el camino de vuelta a Polonia el camión de Feles tiene que servir como dormitorio, y los motores de gasolina, incluso aquellos tan magníficos como el del Peugeot 504, no van a ser los mejores colchones. Y eso sin hablar de la necesidad de destripar el coche en la frontera polaca, durante el registro aduanero, cuando haya que pesar todos los putos motores.

—¡Ya tenéis ganas! —digo moviendo la cabeza.

—Oye, tío, sabemos lo que hacemos —contesta Peludo, totalmente seguro de sí, fascinado consigo mismo. Le envidio por ello.

—¡Bueno, salimos en media hora! —ordena Peludo, se da la vuelta, se dirige a su tienda. Un líder nato. O quizá sea mejor decir: *BOSS*. «*I am the boss, that's why!*»⁵, cartelitos así

⁴ Zloty: moneda polaca.

⁵ *I am the boss, that's why!* (inglés): yo soy el jefe, y ésa es la razón.

se ponen en el escritorio los dueños del mundo de Chicago y Nueva York. Él todavía no tiene escritorio. Pero es cuestión de tiempo.

—¿Y si nos tomamos un té, mientras tanto? —pregunta Pincho— Me parece que todavía me queda la mitad del último limón «casi-casi-bueno».

Conseguir frutas «casi-casi-buenas» no es ninguna tontería, requiere diligencia y privaciones. Pincho tiene que estar en el mercado de Chamonix por la mañana muy temprano, antes que la competencia, y si tiene suerte la señora del puesto acepta que la ayude, y entonces Pincho barre, limpia, le trae cebollas y naranjas, con lo cual cuando llega la tarde puede traerse a la tienda de campaña una caja o dos de fruta, medio podridas o todavía «casi-casi-buenas», depende del punto de vista. A veces incluso le dan unos francos, cuando deja contenta a la tía del puesto.

—¡Pues claro que nos preparamos un té, Pincho! —La cabecita de Pako asoma imperceptiblemente de la tienda, en su voz resuena el entusiasmo.

—Voy a por agua —Pincho coge un contenedor de plástico y se dirige hacia la zona de los lavabos. Para eso siempre se puede contar con él.

—¿Cuánto más nos toca esperar? —Peludo está sentado en su Fiat 126⁶, nos grita, ¡ahora es él el que se pone nervioso y se muere de impaciencia! Echa chispas por los ojos.

*The boss is always right.*⁷

Pincho ya baja con la mochila colgada de un brazo, yo ajusto las correas de la mía, me la echo a la espalda, corro tras Pincho, camino raro, rígido y un poco con torpeza, con mis botas nuevas con cubierta de plástico.

⁶ Coche polaco de fabricación nacional en la época comunista, del tipo Seat 600. (*N. de la T.*)

⁷ *The boss is always right* (inglés): el jefe siempre tiene la razón.

Pincho coloca su mochila como asiento junto a la de Peludo, ahí seguro que entra, por fin, se puede echar para atrás el asiento, me arrellano cómodamente en la parte de delante, me pongo la mochila en las rodillas.

—Tranquilo, Peludo –digo, con respiración entrecortada, pero contento, conciliador—. La montaña no va a salir corriendo...

—No va a salir corriendo, no va a salir corriendo... ¿Y si se nos escapa el último tren? Venga, cierra la puerta, ¿a qué estás esperando?

Observa atentamente por si cierro la puerta *de su coche* demasiado fuerte. Tiro del picaporte de la ventanilla triangular, pero demasiado flojo. No se ha cerrado. ¡Buu! Desaprobación. Cierro otra vez, lo que más me gustaría sería dar tal portazo que la maldita puerta girara sobre sí misma, ¡hasta que se cayera!

Pero qué pasaría con la Montaña...

En el cristal delantero hay unas manchas mojadas que se deslizan, ¡son gotas de agua! ¡Mierda! Qué mala pata.

—¡Nos ha pillado! –constata Pincho como si fuera una novedad.

—Cierra el pico, que nos traes mala suerte. Que llueva a mares si quiere, total, vamos a una ruta para turistas... –le grito, ¡que le parta un rayo! Peludo, la meteo... Pincho me mira extrañado y ofendido.

Peludo sonrío de manera imperceptible sentado al volante.

—El pronóstico es bueno –afirma con objetividad—. Lo dijo Iska.

Iska, o sea Dorota, se quedó con los jefes del PZA⁸ en el bosquillo por encima de Chamonix. A nosotros nos

⁸ Asociación Polaca de Alpinismo (Polski Związek Alpinizmu).

echaron de allí. Por eso nuestro acceso a la información contenida en el pronóstico del tiempo, que cuelga en un tablero especial en Chamonix, se vio bastante limitado. Nos ayudan un poco las flechas de colores. La flecha verde hacia arriba indica «tendencia general» a anticiclón, y la roja hacia abajo que lo más seguro es que llueva. También distinguimos la «isoterma cero»⁹, en francés suena parecido; cuando tiene que estar alta, por encima de los cuatro mil metros, al momento se sabe que va a hacer demasiado calor para escalar. Se puede ir a la piscina. O jugar al perro.

Trtrtrtrtrtrtrtrtrtr. Peludo pone en marcha el motor del coche. Trtrtrtrtrtrtrtrtrtr. Trtrtrtrtrtrtrtrtrtr. Trtrtrtrtrtrtrtrtrtr. Pom. Se ha calado. Otra vez. Trtrtrtrtrtrtrtrtrtr. Trtrtrtrtrtrtrtrtrtr.

—Es que nadie lo ha cogido durante varios días. Enseguida se recupera, todo va a ir sobre ruedas –nos consuela con estilo «de negocios», y también a sí mismo, el dueño del coche, Peludo—.

Se me mezclan sentimientos ambivalentes, sería fantástico que se le jodiera a Peludo el puto coche... pero qué pasaría con la Montaña...

Trtrtrtrtrtrtrtrtrtr. ¡Rrrrrumm! ¡Rrrrrumm!

¡Peludo tenía razón!

¡En marcha!

A través del zumbido del motor del Fiat 126 llega hasta nuestros oídos, como una despedida, un extraño sonido que no es ni el ladrido de un perro ni el aullido de un lobo, como un prolongado gemido triste y doloroso...

Emental ha vuelto a perder.

⁹ Isoterma cero: altitud en la que en las montañas predomina la temperatura cero; por encima de la línea isotérmica cero la temperatura es negativa.